

Grupos Sociales Emergentes: Adolescencia y “Tercera Edad”

Sonia Aravena Derpich
Periodista Universidad de Chile
Profesor de Estado en Alemán Universidad de Chile
Profesor de Estado en Educación Básica, mención Ciencias Sociales.
Postítulo Educación Especial y Diferencial PUC
Magíster en Psicopedagogía PUC.

sonia.aravena@usach.cl

Resumen: La idea principal de esta ponencia radica en situar la etapa del adulto mayor, mal conocida como “Tercera Edad”, en el contexto histórico que la constituye, cual es la modernidad avanzada, y contrastar su actual situación con la de épocas anteriores, en las que este segmento social simplemente no existía, o revestía características muy diversas a las que conocemos actualmente. A través del proceso de comparación histórica llegamos a darnos cuenta que el adulto mayor contemporáneo es una creación de la tecnología que ha permitido una asombrosa prolongación de la vida humana sin precedente en otra época que no sea la actual. La falta de un espacio semiótico de contención para este grupo, algo muy semejante a lo que enfrentan los adolescentes en la época contemporánea, puede asumirse como una pesada carga.

Palabras Claves: “Adulto Mayor”, “Tercera Edad”, Tecnología, Contexto cultural, “Espacio Semiótico”.

1. Introducción

Uno de los aspectos más apasionantes de la sociología comparada es cómo logra que se desvanezcan ante nuestros ojos y con tanta frecuencia verdades que, de tan arraigadas en nuestra vida cotidiana, habíamos llegado a considerarlas casi “naturales”, como si hubieran estado ahí frente a nosotros desde el principio de los tiempos. No resulta tan difícil imaginar la vida sin televisión o sin antibióticos o sin automóviles. Resulta sí un poco más complejo imaginarla sin monogamia o sin matrimonio. Hubo muy largos períodos de tiempo, eras completas, en que tampoco hubo adolescencia, y hasta hace muy poco atrás -no más de cincuenta años- no existía nada sobre la faz de este planeta que se asemejara, ni siquiera remotamente, a lo que hoy en día malamente conocemos como “adulto mayor” o “tercera edad”.

La llamada “tercera edad” es un invento sociológico novísimo, un producto de la modernidad desarrollada, diría Giddens; tal como lo son la adolescencia extendida hasta la treintena, la planificación familiar, la fertilización in vitro y el matrimonio legalizado entre parejas del mismo sexo.

Todas estas son situaciones sociales que han resultado posibles sólo gracias a una muy avanzada tecnología de configuración de sujetos y control de los cuerpos y las sociedades humanas. Esta frase que contiene oscuras reminiscencias Foucaultianas, no pretende, en mi caso, arrojar una sombra de pesimismo sobre el devenir del mundo y de sus sociedades ni menos aún deplorar una creciente desnaturalización de la existencia humana. Simplemente, no creo que jamás haya habido una existencia humana “natural” en el sentido más comúnmente aceptado y abusado de la palabra. Parto desde la base de que quien escribe esta ponencia es una mujer y por más milenaria y tradicional que resulte, por ejemplo, la infibulación (mutilación de los genitales femeninos externos) en los pueblos musulmanes del África, donde viven cientos de millones de mujeres, no considero ni consideraré jamás aceptable la práctica, así como tampoco la lapidación de las adúlteras en otras sociedades del mismo cuño (que cometen tal atrocidad con las adúlteras solamente, y nunca con los adúlteros).

Creo ser lo suficientemente moderna y desarrollada psicológicamente para no caer en la tentación de idolatrar todo aquello que huele a tradicional, ancestral o étnico, sin haberlo pasado previamente por mi propio filtro de valores éticos y morales, fundamental e ineludiblemente moderno. Esto me hace sospechar siempre de todas aquellas efervescencias y modas intelectuales que en el fondo no son más que versiones renovadas del viejo dicho “todo tiempo pasado fue mejor”.

La mal llamada “Tercera Edad” (prefiero llamarla edad del Adulto Mayor) es una creación contemporánea, tan novedosa y disruptiva a nivel histórico como lo fue la aparición de la adolescencia como clase social con peso y valores propios en Estados Unidos allá por la década de los cincuenta. Fue la post guerra en Norteamérica la que incubó ambos fenómenos (adolescencia y adulto mayor) y, a riesgo de parecer post marxista,

creo que todos estos acontecimientos sociales de tan gran envergadura se encuentran inevitablemente respaldados por cambios en el desarrollo técnico y económico que permiten que resulten posibles.

Al respecto, Margaret Mead asegura que tras la Segunda Guerra Mundial, en un Estados Unidos floreciente y convertido en la mayor súper potencia del mundo, se da la ocurrencia inédita en la historia de que la propia sociedad se permite relevar a los entonces jóvenes de la tediosa vida del trabajo por una buena cantidad de años —bien podía ser entonces una década— para dedicarla exclusivamente al más ocioso de los esparcimientos (al más puro estilo de “Rebelde sin Causa”). Esta década prodigiosa resulta ser contracultural también y esa juventud relevada temporalmente de sus deberes con el sistema, se abalanza fascinada a abrazar un conglomerado de valores históricamente bizarro; aborreciendo al mismo tiempo y en masa añejos axiomas tradicionales, históricamente personificados por acartonados héroes y heroínas de antiguo cuño.

2. Antihéroes

La gran novedad en los años cincuenta norteamericanos fueron los antihéroes, personajes de principios ambiguos y transgresores sobre cuyo mito (léase James Dean) se fue edificando progresivamente el constructo simbólico y semiótico que medio siglo más tarde entronizaría a la juventud como nueva clase dominante del mundo (con The Beatles y The Rolling Stones de por medio). Los valores, las conductas, las actitudes, el vestuario, la forma de gesticular y de moverse de estos antihéroes, todo provenía de los márgenes más oscuros del sueño americano, de las clases proletarias, de las minorías atípicas, de las pandillas. Y venía a instalarse con la mayor de las comodidades en el seno confortable de la gran clase media conservadora norteamericana. Un nuevo enemigo, que ya no eran ni los rusos ni los alienígenas de Ed Wood, se estaba instalando en casa. Y se quedaría para siempre.

El resultado de permitir que este nuevo enemigo subversivo de los hasta entonces monolíticos valores y costumbres puritanos se instalara en el living de la idílica vivienda technicolor suburbana y burguesa, fue nada menos que el surgimiento de la asombrosa cultura Pop sobre la cual emerge fortalecida una nueva juventud con conciencia de poder y que la llevaría a controlar finalmente el mundo (si bien no desde las esferas clásicas, por lo menos desde el ámbito de los símbolos, la moda y los estilos de vida).

Esta simple y lapidaria constatación cae sobre la sociedad tradicional como podría haberlo hecho una bomba de hidrógeno. De estos devastadores efectos sobre el “establishment” y “lo conocido” surge la teoría Deconstruccionista, y Derrida se pone ahora a filosofar para los jóvenes en el lenguaje de los jóvenes, que es el lenguaje de la negación y la destrucción de lo antiguo, esencialmente por insatisfactorio; éste fue el asalto final y la toma del poder. El lenguaje de los jóvenes llegó a la academia y se instaló en ella, no sin antes haber perpetrado una matanza literal de las ideas tradicionales, obsoletas

y antiguas. Los valores de antaño, de corte estoico, estallan en pedazos dando paso al placer, al auto conocimiento y a la filosofía del bienestar con—uno—mismo, como ideologías reinantes.

Al respecto, Margaret Mead, lúcida como siempre, señala: “la caída sobre los Estados Unidos de esta nueva religión del bienestar con—uno—mismo y esta nueva filosofía empírica de la autorrealización y la felicidad tuvo el efecto no de una, sino de cuatro bombas de hidrógeno, porque lo poco que quedó tras esta explosión, quedó tan alterado, tan trastocado, que resultaba irreconocible. Ya no era posible encontrar en los miles de kilómetros cuadrados de estepas y praderas norteamericanas un solo matrimonio que se mantuviera junto por el simple deber de hacerlo, ni tampoco una sola pareja que ya no estuviera cuestionando seriamente su vínculo, ni pensando en cómo podría hacerlo mejor en el amor, en el sexo, en la realización de aquellas inquietudes personales por tan largo tiempo postergadas”. Ella opina, además, que una sociedad puritana de base protestante como la norteamericana, jamás estuvo preparada para el impacto y el alcance que tuvo una reflexión como ésta, instalada en gran escala por el ilimitado poder tecnológico de los medios de comunicación. “Los estándares modernos de realización en la vida llegaron a este país para quedarse” afirmó. Obviamente, tales valores no tardaron en chocar frontalmente con aquellos más antiguos y tradicionales.

De acuerdo con Ayn Rand, incombustible pensadora liberal norteamericana y defensora ad extremis de las prerrogativas del individualismo modernista por sobre el colectivismo tradicionalista, en esta guerra desigual y con los valores modernos en posición de triunfo, las ideas tradicionalistas se exageran y dan origen al fundamentalismo. El fundamentalismo sería, entonces, el resultado inevitable de unos valores tradicionalistas acorralados ante el avance permanente y sostenido del imaginario simbólico y semiótico que la modernidad trae consigo. En su desesperación por no desaparecer de la faz de la tierra, los tradicionalistas terminan volcados al extremismo y al fanatismo (sectas de por medio) que en sus extremos puede llegar a conducir al violentismo terrorista.

No sería entonces la opresión económica capitalista que enarbolan las teorías de corte marxista lo que según Ayn Rand exacerbaría los ánimos y las odiosidades y arrojaría al fundamentalismo a las sociedades tradicionalistas o a los sectores más retrógrados de las sociedades occidentales (incluido Chile). Es el propio Western Lifestyle (Estilo de Vida Occidental), el que estaría desafiando agresivamente los principios rectores de prácticamente todas las sociedades tradicionalistas conocidas, cuales vendrían a ser:

A. Con honrosísimas excepciones, la casi totalidad de las sociedades tradicionales conocidas está regida por un estricto patriarcado, o lo que es lo mismo, en ellas las mujeres y los más jóvenes son mantenidos en contra de su voluntad en un plano subordinado respecto de los hombres, que son quienes efectivamente ejercen todos los poderes relevantes, sobre todo en lo referido a la manipulación de los símbolos.

B. En las sociedades tradicionales, los grupos dominantes al interior de la misma masa de hombres son los hombres ancianos y ricos, lo que otorgó un status privile-

giado a la vejez masculina que, no obstante, en Occidente se ha ido desvaneciendo progresivamente.

C. La gran mayoría de las sociedades tradicionales están organizadas en modos de gobierno y convivencia social jerárquicos, en los que mujeres y jóvenes ocupan, por una u otra causa y recurrentemente, los últimos peldaños de la escala social.

Frente a estas tres realidades, las sociedades modernas occidentales aparecen desafiando y revalorizando precisamente aquellos dos grupos sociales más postergados por el tradicionalismo: las mujeres y los adolescentes. En primer término, la juventud aparece como portadora de una contracultura de carácter esencialmente destructivo y al mismo tiempo renovador, cuyo ímpetu, Occidente ha sabido integrar como un elemento inherente al individualismo de su cultura, tanto a nivel de la praxis política como de la vida en comunidad. La cultura occidental ha logrado integrar finalmente en su "cultura de la tolerancia" aquella paradoja de Fin de la Historia, de terminar alimentándose precisamente de todos aquellos elementos simbólicos y semióticos que tradicionalmente permanecían excluidos, que habían sido "dejados fuera", y es ésta su mayor fuerza.

Este viene a ser el mensaje artístico de fondo de la obra de Manzoni ("Merda D'Artista"), que lejos de ser una simple crítica enfocada a provocar un escándalo inmediato, no es otra cosa que reconocer la capacidad de regeneración y reconstrucción de la cultura de Occidente (se nutre de sus propios desechos y escorias, algo que ninguna otra sociedad había logrado hacer antes, históricamente).

En segundo lugar, la moderna revalorización que esta nueva cultura Pop hace del bienestar psíquico y físico, de la búsqueda de uno mismo y la autorrealización, pone a la mujer como protagonista de un esquema societal radicalmente novedoso. Para nadie es un misterio que las mujeres estamos instintivamente conectadas con el "inner self" con el yo interior de las intuiciones, como la gran mayoría de las hembras de todas las especies que deben lidiar con la adversidad del medio para sacar adelante a su prole, las más de las veces solas. O lo que es lo mismo, la nueva contracultura Pop que se ha entronizado en Occidente es más, por así decirlo, "femenina", "soft", menos competitiva y encarnizada que la cultura patriarcal históricamente dominante. Aunque parezca una cursilería inaceptable, comparto plenamente las apreciaciones de aquellos que señalan que estamos en el inicio de la "Era de Acuario", y que esta nueva era es femenina y que estamos asistiendo, como ya lo he señalado antes, a una verdadera feminización de las agendas políticas y públicas en todo el mundo civilizado.

3. La "Gran Madre" y "Don Nadie"

En las sociedades tradicionales la mujer debe ser siempre joven pues su estatus simbólico es desmedrado y su única funcionalidad social está en engendrar hijos para proporcionar su prole al servicio del sistema social en que está inserta. María Antonieta

se casó a los catorce años y demoró siete en ser madre, lo cual le significó abucheos al por mayor y escarnio entre aristócratas y vasallos. Su marido, al momento de casarse, tenía quince años, lo cual deja bastante claro que en la Francia del Ancienne Régime no existía nada semejante a la anárquica juventud de “Rebelde Sin Causa”.

En los estratos populares de la Francia de los Luises era común que una mujer fuera madre a los doce y que muriera a los treinta años, ya siendo casi una anciana sin dientes y habiendo parido casi una docena de hijos, de los cuales, con suerte lograría sobrevivir un par. Como la falta de higiene era democrática en Francia, en aquellos tiempos, la mortandad era tan grande o aún mayor en los malolientes salones de la Corte, donde los parásitos hacían su agosto en las pelucas de pelo natural empolvado. Muchos bebés, cuenta Christiane Collange que estudió el tema en Francia, morían en Versalles o en Vaux le Vicomte (más fastuoso aun que el primero) al momento de nacer. Los aristócratas, desaproblemados ellos, no se hacían gran asunto y partían al campo a comprar una guagua a una campesina en alguna de las numerosas pouponnieres al servicio de la nobleza. Elegían un bebé rozagante y rollizo que les diera mayores esperanzas de vida en aquella época sin higiene ni antibióticos ni baño diario. Esos niños crecían criados por nodrizas en el campo y si llegaban con vida y salud a los catorce años eran llevados de vuelta donde sus padres putativos quienes comenzaban a tratarlos, empolvarlos y vestirlos como adultos, con la esperanza de casarlos bien y aumentar así su patrimonio. ¿Y qué pasó aquí con la infancia o la adolescencia? Creaciones modernas.

Con el triunfo de la Revolución, la vida hogareña da un giro radical copernicano y se impone el higienismo y el moralismo, abarcándolo todo, desde las vestimentas a la pintura. Adiós a la “pintura de nube” de Watteau y sus desnudos impúdicos en insulsos parajes galantes. Ahora la pintura era neorrenacentista y de motivo edificante, idealmente griego o romano, con todos sus personajes vestidos. La mujer deja de ser “cortesana” -que al día de hoy la burguesía sigue manteniendo como una mala palabra- y pasa a ser madre de tiempo completo en el encierro del hogar, enfundada en los maternales vestidos Imperio, al estilo de Josefina Bonaparte. Las feministas opinan que la Revolución Francesa fue un retroceso para la mujer. Foucault también, y yo estoy empezando a creer lo mismo.

El Hombre en el Ancienne Régime, como analogía de todas las sociedades tradicionales y patriarcales, más valía mientras más viejo y más rico, pues a medida que envejecía, más era lo que heredaba en caso de pertenecer a la aristocracia; o más producía como bestia de trabajo, si se trataba de un burgués adinerado. El amor y la relación afectivo-erótica (el tan famoso “allure” de Margaret Mead) eran palabras desconocidas en el régimen tradicional de matrimonio arreglado de aquel tiempo, tanto en las capas altas como en las bajas. En estas últimas era usual (siempre recurriendo a Christiane Collange) casar a una niña de diez años con un hombre adinerado de unos treinta. La mujer se aseguraba una pasable viudez de este modo. O sea, no existía el “flirt” (no hay necesidad de traducir la palabra) ni, como recordaría la misma Mead, toda la industria

ni la parafernalia mediática y cinematográfica que hoy en día sirve de telón de fondo al romanticismo moderno. No ida al cine (no existía). No paseo en el parque (niños y cerdos que atender, las pobres; amores funcionales con el rey o con algún príncipe, las cortesanas y ricas). No feeding animals in the zoo, como diría Lou Reed. No canciones al oído. No nada de nada de todo aquello a lo que nuestra época nos ha acostumbrado en lo que a rituales de cortejos humanos se refiere.

El hombre joven y bello, hoy en día una especie cotizable, en aquellos tiempos de matrimonio arreglado, poco futuro tenía. Era lo que llamaríamos hoy un Don Nadie. Las sociedades tradicionalistas, a diferencia de las modernas, no se desviven por criterios higienistas que busquen conciliar las edades reproductivas en ambos sexos velando por el bienestar de la especie. Nada de eso. En Mauritania es costumbre al día de hoy comprar muchas esposas (el que puede, por cierto), para cebarlas como cerdos (lo que también sale muy caro, obviamente) y así hacer alarde de estatus y poder adquisitivo. Las pobres mujeres ni siquiera se pueden levantar del suelo. Los maridos dicen que todo esto es muy bueno, porque así no se arrancan a buscar eventuales amantes. Todo el mundo en esta sociedad tan tradicionalista e impoluta aún por la corrupción de Occidente encuentra también que esto es fantástico.

Volviendo a los hombres, vemos que en aquellos regímenes patriarcales y tradicionalistas, los jóvenes, sean del sexo que sean, son percibidos como una amenaza para los hombres viejos, que concentran los poderes económico y simbólico y son los que menos trabajan y menos se estresan, de acuerdo a una muy reciente encuesta sobre estrés femenino aplicada en Santiago de Chile. Las mujeres corremos cuando jóvenes una cierta mejor suerte de poder casarnos con uno de ellos y aspirar a una cierta prole, algunos bienes y una viudez decente, si sobrevivimos a ese matrimonio, claro está, pues algunas sociedades solían asesinar a la esposa para que su alma se fuera con la del marido al otro mundo. Los hombres deben, en tanto, dedicarse a algo productivo durante un lapso bastante largo, envejecer y juntar el dinero suficiente para comprar una esposa joven. Habría entonces una razón sociológica e histórica para el comportamiento de los "viejos verdes".

Sociológicamente, la sexualidad en la sociedad tradicional aparece como un bien que debe ser adquirido por el hombre tras media vida de trabajo arduo, lo que me lleva a poner el énfasis en la poca equidad que existía y existe en ellas en todo aquello que se refiere al acceso de las personas, sin distinción de edad ni condición social, a derechos humanos y bienes sociales tan básicos como el derecho a la afectividad y la sexualidad. Sobre la base del libre acceso a estos derechos irrenunciables se gestó la revolución que pone a adultos mayores y adolescentes en el centro de las preocupaciones de la sociedad presente y de aquella que se proyecta para el futuro.

4. Tengo Setenta y Estoy Viviendo Mi Segunda Adolescencia

Myrtha tiene setenta años y los criterios de estratificación socioeconómica la ubican en el segmento C3, el de la clase media-media ilustrada. Hasta hace relativamente poco tiempo trabajaba en un centro de rehabilitación –es psicóloga- y en la actualidad pasa su tiempo entre los deberes domésticos y las visitas a su nieta, estudiante universitaria, con quien confiesa “me llevo mucho mejor que con mi hija”. Myrtha -al igual que muchas mujeres- debió sufrir la poco agradable experiencia de que su marido siguiera el ya architrillado padrón tradicionalista de la poliginia serial, lo que en palabras simples significa que la dejó por otra más joven y voluptuosa, para los estándares masculinos.

Ella reconoce que tiene más puntos en común con sus nietas que con sus hijas, y asume también su parte de culpa en este problema. Asegura que con sus hijos siguió lo que entonces creía que era lo correcto en materia de inculcarles valores y aptitudes para la vida, para darse cuenta -ya muy tarde- que no estaba siendo honesta consigo misma y que lo único que hacía era reproducir los mismos miedos, inseguridades y temores que sus propios padres le habían transmitido a ella cuando era una adolescente.

Por esta misma razón reconoce que, al momento de enfrentarse a sus hijos, se ve enfrentada a un espejo que le devuelve lo peor de su propia imagen, pues allí se ven reflejados, esencialmente, temores y limitaciones adquiridos, de los cuales aún no ha logrado deshacerse en esta avanzada etapa de su vida. Reconoce asimismo sentirse afortunada de no ver reflejadas estas trabas en sus nietas, a quienes considera más espontáneas, más libres y, sobre todo, menos atormentadas por prejuicios y formas de sufrimiento aprendidas y experimentadas, principalmente, por las mujeres.

Myrtha reconoce un factor sociológico en el sufrimiento que la afecta y admite también que se trata de formas de sufrimiento típicamente femeninas, que han sido históricamente susceptibles de ser aprendidas y enseñadas conformando una cadena tan persistente como indeseable. Ella asume, asimismo, que la liberación de los sentimientos ambiguos que la atormentan, como por ejemplo sentirse en cierto modo culpable del abandono de su ex marido y temerosa de vivir esta experiencia de nuevo, lleva consigo una capacidad de, en cierto sentido, “destruir” el tradicional conjunto de valores, con los que fue equipada por sus propios padres en su adolescencia.

Ella reconoce que por su formación profesional le resulta relativamente fácil identificar aquellos puntos que definitivamente no la favorecen al momento de tomar decisiones que podrían aliviarla de la pesada carga de temores que acarrea, pero que simplemente no lo hace por una sensación de miedo que la invade y que es, ciertamente, el miedo a lo desconocido, de despojarse de la pesada carga de los valores tradicionales impuestos por sus propios padres, en los que la culpa de prácticamente todo recaía en la mujer, y de adoptar un nuevo sistema de creencias, más libre y más flexible; menos tiránico, como el de sus nietas.

A pesar de su profesión, los miedos de Myrtha son de larga data y tal vez permanecerán con ella hasta el fin de su vida. Se trata de condicionamientos muy fuertes instalados ya en el inconsciente de cada persona. No obstante, no está todo perdido. Las nietas de Myrtha son también mujeres y son jóvenes como ella lo fue algún día. Existen los puntos de diálogo y de inflexión en el intercambio de experiencias, en los que cada parte puede aportar valiosos elementos en mutuo beneficio.

5. Qué Puede Ofrecerle la Sociedad Moderna a Myrtha

La cultura moderna "Pop" de la cual ya hemos hablado, representa la fuerza histórica de la Deconstrucción en Occidente, planteada por Derrida como la retroexcavadora con la cual vamos demoliendo viejas estructuras mentales, ya obsoletas, disfuncionales y que provocan sufrimiento, por otras nuevas, que representan la renovación, el cambio, la expansión y la plenitud. El surgimiento de esta nueva Cultura, que caracteriza a la moderna sociedad post industrial occidental, viene desde el seno de la juventud, un segmento de la sociedad que debe forzosamente -de acuerdo a la teoría freudiana- efectuar un duelo simbólico, como "matar", en sentido figurado, las figuras de sus padres para poder finalmente dejar de depender de ellos y convertirse en seres autovalentes con puntos de vista, ideas y perspectivas propios.

Obviamente, este asesinato simbólico requiere de un posterior duelo y elaboración psicológica de todo aquello que se destruyó en el ímpetu renovador, para que, con esos mismos elementos, se pueda redefinir un escenario para la realidad radicalmente nuevo y distinto. Es este el significado de la obra "Merda D'Artista" de Manzoni. Construimos lo nuevo con los despojos de lo viejo.

Muchos adultos mayores, sin darse cuenta, han comenzado a elaborar duelos adolescentes frente a realidades que siempre creyeron inmutables, pero que se derrumban a pedazos frente a sus propios ojos, tales como la institución convencional del matrimonio civil y religioso. Muchas de estas personas, especialmente mujeres, postergaron sus propias necesidades, muchas veces imperiosas y urgentes, de autorrealización o protección y contención, en vistas a la perpetuación funcional de algo que percibieron siempre sólo desde la dimensión de una "institución respetable". Muchos (as) también seguramente criticaron agríamente a sus pares en desgracia, a los divorciados (as) y a quienes debían recurrir a parejas extramatrimoniales, a amantes.

No obstante, a varios de aquellos que criticaban les tocó también el turno de ser abandonados, y la indefensión a la que se ven expuestos, esta vez sí resulta catastrófica. Este tipo de personalidades más rígidas tiende a elaborar un duelo muy profundo y desgastador ante lo que puede resultar peor que la pérdida de un amor o una vida humana: la pérdida de un valor o principio que resultaba central en la construcción de sus propias personalidades y vidas. En un trance semejante, de no contar con la capacidad

de destrucción de lo viejo y recreación de lo nuevo, estas personas difícilmente lograrán algún día recuperarse.

Ser testigo de la muerte de un valor o un principio que alguna vez fue fundamental o demasiado importante para nosotros mismos es tan o más traumático que el impacto adolescente de percibir que papá o mamá son imperfectos, mortales y que también se equivocan. La época actual, con su vorágine de cambios incesantes, deja muchos muertos reales y simbólicos en el camino. Aquellas personas acostumbradas a una cierta estabilidad, aun cuando ésta fuera sólo aparente, se sienten frecuentemente perturbadas, dolidas como frente a una pérdida de sentido, descolocadas como les suele suceder a los propios jóvenes.

Los adultos mayores de hoy en día son, al menos en teoría, verdaderos adolescentes del mundo del mañana, debido a que, como generación, constituyen en este momento la primera que logra sortear masivamente la barrera biológica de los sesenta años e instalarse con relativa comodidad en los setenta y con expectativas de vida que van incluso más allá de los ochenta años. La falta de referentes socio biográficos, es decir, de un “deber ser” apropiado a una edad que en generaciones previas no existía (en los sesenta, en Chile una persona era ya un anciano a los 55 años), les ha pasado la cuenta como a adolescentes trasladados a un barrio nuevo del cual no conocen las reglas de comportamiento.

Algunos adultos mayores optan por el realismo de un modo muy semejante al de los adolescentes, desarrollando una suerte de descarnado existencialismo escéptico frente a aquellas promesas incumplidas que les deparó finalmente la vida. No obstante la connotación preocupante que entre nosotros adquiere el pesimismo, muchas veces resulta constructivo, pues ayuda a las personas a no desarrollar expectativas irreales frente a las cuales finalmente terminarán desilusionándose. Otros, los más, se sienten desamparados, viviendo una especie de duelo figurado por la muerte de los ideales y valores en que fueron criados de jóvenes y sin la capacidad de deconstruir aquello que quedó obsoleto, para vivir una vida de mejor calidad en el presente.

Muchos adultos mayores son prisioneros de sus propios temores imaginarios, o al menos abstractos, que tienen su origen en la falta de coincidencia entre lo que ellos perciben como realidad y el deber ser respecto de dicha realidad con el que fueron adoctrinados como jóvenes y adultos. La falta de flexibilidad y rigidez en el adulto mayor se parece muchísimo a las crisis de madurez (o mejor dicho de inmadurez) de aquellos adolescentes que no quieren enfrentar el terrible hecho que están creciendo y que, por lo mismo, tienen que cambiar prejuicios y preconceptos sobre la realidad que habían adquirido en la infancia.

Otros adultos mayores, que en sus épocas de juventud debieron vivir vidas fingidas, por uno u otro motivo, o se vieron cuestionados o juzgados por el imperativo conductual o moral de su época, bien podrían sentirse liberados y aliviados de no tener que soportar más tan pesada carga, a menos que desarrollen actitudes masoquistas y terminen ellos

mismos reinventando una nueva versión de un problema que objetivamente ya dejó de existir hace rato, como lamentablemente ocurre, y con bastante frecuencia.

Una dimensión recurrente en el adulto mayor es el asombro, pues su propia existencia como segmento etéreo es de por sí asombrosa. Un portento logrado gracias a los espectaculares avances de la medicina y de la higiene. De los antibióticos y los alimentos enriquecidos. De un mayor bienestar general, de estándares de vida que evolucionaron dramáticamente en los últimos cincuenta años. La falta de referentes previos a la vida en esta avanzada etapa puede convertirse en un apasionante reto, en un salto en paracaídas para aquellos más osados, que ven la mitad llena del vaso en lugar de la vacía. Menos referentes, menos restricciones, podría ser la norma, o si puedo, simplemente lo hago.

Hay también asombro en el redescubrimiento del cuerpo. Muchos adultos mayores, obviamente existían físicamente muchos años atrás, pero las restricciones morales imperantes y una cierta subcultura del abandono del cuerpo imperante en Chile podían hacer perfectamente que pasaran su vida juvenil como verdaderos espectros, muchas veces asexuados, sobre todo en el caso de las mujeres. Para muchas de ellas, el descubrimiento del cuerpo a edad avanzada no es algo tan gozoso como el de la adolescente que comienza a usar sostén, pero es un descubrimiento, al fin y al cabo, y es mejor hacerlo ahora y ya, antes que resulte demasiado tarde.

En resumen, creo firmemente que adolescentes y adultos mayores están viviendo etapas similares, son seres sociales coincidentes y complementarios que se necesitan. Ambos descubren mundos nuevos que no existían en etapas previas de sus vidas. Vivencian la realidad con cuerpos distintos a los de antaño, que están en condiciones de descubrir; sufren grandes desilusiones en relación a personas, conceptos y filosofías completas de vida que terminaron resultándoles frustrantes, y este escepticismo y duelo pueden finalmente ser favorablemente procesados y resueltos, del mismo modo que los adolescentes lo hacen cotidianamente para pasar a la etapa siguiente del desarrollo humano, que, como vamos viendo, parece que no termina nunca.

6. Bibliografía

- Mead, Margaret. 2001. *Male and Female. A Study of the Sexes in a Changing World.* New York Estados Unidos.
- Betz – Hull, Margaret. 2002. *The Hidden Philosophy of Hannah Arendt.* Londres Inglaterra: Routledge Curtzon.
- Eagly, Alice, Wood, Wendy. 2005. *A Cross Cultural Analysis of Women and Men.* Texas Estados Unidos: Texas University College of Psychology.
- Collange, Christiane. 1996. *Estudio de la Maternidad y la Femenidad en Francia Antigua.* Paris Francia: Random House-Mondadori.
- Pogrebin, Letty Cotty. 2007. *Getting Over Getting Older.* Amazon.com.